

HECTOR P. AGOSTI

UN LENGUAJE REDIMIDO

1.—¿Un "idioma de los argentinos?"

Quienquiera que se asome en nuestros días a una visión panorámica de la literatura argentina podrá comprobar que ha venido afinando sus maneras expresivas hasta adquirir una jerarquía formal como nunca hasta ahora había conseguido. Al decir esto tengo preferentemente en vista a la poesía. Lo que va de este siglo —a partir de Lugones, pero más particularmente tras las escuelas de la primera postguerra— ha sido el tiempo de la lírica argentina, en contraposición al siglo XIX, en que tuvimos la preponderancia de nuestros mejores prosistas. Tómese al azar cualquiera de las antologías recientes y podrá percibirse cómo las atraviesa una maestría idiomática y una soltura técnica indudables. Pero también podría percibirse que es una literatura reflejo de otras literaturas, una literatura de esplendentes ropas pero casi en absoluto desprovista de carne nacional, una literatura que no tiene de nacional más que el aparato del idioma. Es una literatura que se ha superado expresivamente, en tanto se ha disminuído conceptualmente. La carga ideológica de un "cielito" de Bartolomé Hidalgo, por ejemplo, era sustantivamente nacional; la trama conceptual de la moderna lírica argentina es réplica mudable de ajenos cielos. (Quedan las consabidas excepciones, aunque prefiero eludir los nombres propios para evitar las inevitables injusticias de toda enumeración).

Pero preciso es decir que esa literatura está contribuyendo con sus búsquedas formales a la culminación de una lengua literaria argentina, casi de la misma manera como los ríoplatenses nos permitimos

hablar un lenguaje que es privativamente nuestro, con todos sus defectos y todos sus excesos. Acaso convengamos en que el rioplatense es el menos castizo de los modos de hablar español reconocidos en América (1). Semejante “impureza”, si bien se mira, no alude tanto a la prosodia, porque ya sabemos que algunas regiones españolas comparten nuestros vicios dicentes, ni tampoco a la semántica, porque el abuso de significaciones inéditas no nos oprime demasiado, sino más bien a la sintaxis, al alma del estilo, por razones que procuraremos aislar más adelante. Con frecuencia se acusa a los escritores argentinos de “impureza de lenguaje” con respecto al castellano tradicional. Con su grande autoridad filológica Américo Castro nos ha maltratado por esas causas en un libro muy sonado. Suele decirse que el castellano que se habla y se escribe en otras regiones de América es más “castigo” que el usado en la Argentina. Comparto esa opinión en grado casi absoluto; pero no pienso —como solía dolerse muy regresivamente el autor de *La ciudad indina*— que sea ese uno de los signos definidores de “nuestra incultura”. Pienso, por el contrario, que esa es la marca inaugural de nuestra posible independencia literaria dentro de la forzosa dispersión del castellano en América, y que lejos de avergonzarnos por esa realidad idiomática, debiéramos empeñarnos en descubrir sus motivos germinadores.

Siempre me pareció irrenunciable esta defensa de nuestra voz nacional frente a las asechanzas de una hispanidad idiomática que sueña con recolonizarnos literariamente. Siempre me pareció que esa persistencia en la redención de un idioma propio nos situaba en la más legítima tradición literaria argentina. Porque la sustancia de nuestra prosa y la virtualidad de nuestra lírica (salvadas ciertas gongorizaciones) consiste precisamente en la afirmación de un modo idiomático que sin caer en bastardía tampoco se enorgullece demasiado de su genuinidad. Apresurémonos a declarar que semejante proceso no obedece a actos constantemente deliberados de los escritores argentinos: las formas del lenguaje prosiguen más por tradición que

(1) En su *Historia de la cultura en la América hispánica* (ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1947), Pedro Henríquez Ureña reconoce que hay en América cinco zonas, de límites no siempre claros, con cinco modos de hablar español: 1, México y la América Central (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá); 2, la zona del Mar Caribe, que comprende las Antillas, la mayor parte de Venezuela y la costa atlántica de Colombia; 3, la zona andina: parte de Venezuela, la mayor parte de Colombia, el Perú, Bolivia, el noroeste argentino; 4, Chile; 5, la zona rioplatense: la mayor parte de la Argentina, Uruguay, Paraguay (pág. 9).

por deliberación, por arrastres de viejas herencias culturales en las que escasamente tiene algo que ver lo español cabal. ¿Es esto mejor o peor? Suelen decirnos que esto es lo peor de nosotros mismos; pero sin embargo me parece mejor que andemos debatiéndonos en estos achaques idiomáticos, porque ellos traducen la aparición de una voz nueva en cuyo nacimiento mucho resuena la nota francesa de nuestra buena cultura fundamental.

El argentino (y más particularmente el porteño) es hombre de difíciles extroversiones, y por dicha condición su prosodia popular y su estilo literario resultan desleídos de toda efusión y acaso sobradamente redimidos de cualquier exuberancia (1). Este proceso de diferenciación estricta con España lo anotó Aníbal Ponce con singular perspicacia. "Tómese al azar cualquier capítulo de los más prestigiosos escritores españoles actuales —escribe en *El viento en el mundo*— y compárese con cualquiera de los nuevos escritores argentinos. Al pasar de uno a otro se tiene la impresión de un mundo nuevo, y aunque muchos de aquellos han dado en perseguir la naturalidad y la sencillez, es tan solemne el genio de su idioma que el estilo se les escapa de la mano. Sin tener un idioma propio en el sentido riguroso del concepto, nuestra originalidad reside en la elección de las palabras, en la agilidad de los giros, en lo nervioso de la sintaxis, en la riqueza de nuevas expresiones. Hay adjetivos y modismos españoles (y hasta conjugaciones verbales, agregaría yo) que un argentino no empleará jamás, y basta a veces la presencia de uno de ellos para dar a la conversación o al ensayo un fuerte sabor de humorismo..."

He dicho que mucho tiene que ver en esto la nota francesa de nuestra cultura; no porque escribamos un español galicado, sino a causa de la sangre fresca con que los modelos franceses irrigaron nuestra carne nacional; pero mucho corresponde también a ese aluvión

(1) Casi como prevención contra este ascetismo dirigido escribió en su oportunidad Juan Marinello: "¿Han medido los denostadores de lo exuberante la distancia entre un ambiente verdaderamente civilizado como el europeo, en que la forma expresiva, la palabra, es hija de un largo proceso unificador, en que el idioma, modo "fisiológico" de expresión, ha ganado con el transcurso de los siglos, justeza habitual y sabiduría sin alardes? Sea lo que fuere, y refiriendo la cuestión a meditadores de mejor autoridad, sólo diremos que entre un par de palabras vigiladas y asépticas, desveladas de su bien parecer y temerosas de la salpicadura de la tierra, y una obra contaminada de nuestra irresponsabilidad, pero con el deseo de mostrarnos enteros, votaremos siempre por la última?" (*Literatura hispanoamericana*, ed. de la Universidad "Nacional de México, 1939; págs. 149-150).

inmigratorio que tan rotundamente influyó en los usos del país. Alguna vez he recordado que Alejandro Korn asegura, con sobrada elocuencia, que entre fines del siglo XIX y comienzos del actual el ambiente hispanocriollo fue modificado por el sudor y el esperma del gringo. Esta circunstancia modificatoria del status social acaso sirva para prevenirnos sobre las direcciones futuras del llamado "idioma de los argentinos".

2.—*Lo intraducible como revelación del carácter nacional*

Pero ya advertimos de comienzo que el aparato formal no denunciaba necesariamente la presencia de una sustancia autónoma en la literatura argentina: dijimos, por el contrario, que era mudable réplica de cielos extraños... Por impecable que resulte la técnica del traslado, el reflejo preciso de los ajenos modos no alcanza a configurar una literatura: apenas si anota la vitalidad de un grupo de literatos diestros. Un panorama de la literatura argentina actual estaría obligado a percibir este "reflejo" como particularidad adjetiva, sobre todo en nuestra lírica. De lo cual podría deducirse que la peculiaridad lingüística no basta para fraguar una literatura original. Es el punto de partida, el aire nuevo, el ímpetu juvenil; pero además del ropaje le hará falta a la literatura el sentimiento intransferible de su propio ámbito nacional. De ello habló largamente don Miguel de Unamuno. En *Contra esto y aquello* puede leerse el siguiente párrafo sugeridor: "...de los escritores y pensadores argentinos he buscado, no a esos sociólogos traducidos, o a esos poetas en un tiempo modernistas y hoy no sé qué, que me dicen mejor o peor —generalmente peor— lo mismo que estoy harto de oír aquí, sino a aquellos más de la tierra, más verdaderamente nativos, pero nativos de verdad, y no tampoco por moda de criollismo literario y macaneante, a aquellos que me revelan la argentinidad latente. Y hé aquí por qué he sido tan devoto lector y tan entusiasta panegirista de Sarmiento".

El gran vasco insistió otras veces acerca del mismo tema. Venía a decirnos que toda literatura es tanto más univeral cuanto menos traducible se ofrece, y que los poetas en apariencia más cosmopolitas resultan en verdad artificiosamente extranjeros a todos por su mismo despropósito de querer conformar a todos. De lo cual también debiera deducirse que la intraducibilidad es sinónimo de la virtud original para toda literatura. La intraducibilidad no alude a una imposible traslación a otra lengua de lo originariamente escrito en nuestro idioma, sino a la dificultad de trasponer su espíritu completo sin que

resulte lesionado en la quirurgia. Pero en la gran orquestación universal de la cultura preocupa el rescate de los espíritus “diferentes” —no de los indeterminados a causa de su repetición anodina sobre todas las latitudes del mundo—; por eso también los “diferentes” resultan de continuo sometidos a las torturas de una quimérica traducción, imprescindible sin embargo para ese ejercicio de vasos comunicantes mediante el cual procura la cultura su general equilibrio. Hernández y Sarmiento siguen siendo a este respecto nuestros escritores menos traducibles y resultan paradójicamente los más ofrecidos al suplicio de la traducción. Pero es que la prosa de Sarmiento y el verso de Hernández tipifican esa sustancia “más de la tierra” que Unamuno reclamaba como atributo de la definición. Una página del *Facundo* o una estrofa del *Martín Fierro* resultan típicamente argentinas por la alianza feliz del lenguaje y del paisaje. Podría presumirse que allí está el remedio salvador de nuestra literatura si esto no presumiese igualmente, de no adoptar los debidos resguardos, el riesgo de la efusión folklórica. Con perdón del “criollismo literario y macaneante” podría quedar asentada aquí esta afirmación inicial susceptible de ulteriores desarrollos: la literatura argentina aún no ha alcanzado como conjunto aquel grado de intraducibilidad distintiva que a toda literatura le viene de lo más hondo. Por eso he declarado que en sus manifestaciones actuales de conjunto se ha superado expresivamente mientras se disgregaba conceptualmente; o dicho de otra manera: que no tiene de nacional más que la exterioridad del idioma.

3.—*El problema del lenguaje nacional*

Pero si bien es cierto que la intraducibilidad antes se refiere a la sustancia de la cosa literaria que a la lengua en sí misma, no podría seguirse naturalmente de ello que el problema del lenguaje nacional carezca de trascendencia sociológica. Corporizar una variante idiomática es indudablemente el primer paso hacia la requerida intraducibilidad de fondo, porque es el primer paso hacia la independencia literaria. De allí que la fragua del idioma comporte un doble motivo de literatura y de sociología.

Un pensamiento de Herder puede servir de guía para estas reflexiones: “la poesía nacional —escribió— surge espontáneamente de la lengua de un pueblo”. ¿Cómo podríamos tener esa poesía propia si comenzamos por carecer de una lengua propia? El drama histórico de nuestras naciones ha consistido precisamente en esa necesidad de expresarse mediante un instrumento verbal que ellas mismas no habían

contribuido a plasmar originariamente, que no había nacido de su propia necesidad sino que recibieron como signo de la conquista y marca de la sumisión. Y si una lengua es siempre repositorio estricto de modos de pensamiento, quede apuntado aquí este inicio tremendo para una literatura de raíz americana, constreñida a valerse de formas verbales opuestas al carácter inédito de su fundamento social. Nuestras literaturas han debido nacer en la cárcel del idioma español, forzándose por ello mismo en un doble empeño de afirmar su legitimidad y de repudiar parejamente el origen impuesto (1). “Cada idioma —ha escrito Henríquez Ureña— es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en ese color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda”. Resulta lícito afirmar entonces, que el progresivo descastizamiento idiomático es signo creciente de independencia espiritual, materia prima para la constitución de una literatura original.

La doctrina de este descastizamiento habrá de conducirnos hacia la tradición militante de la literatura argentina. Pero aquí se nos suscita un problema primordial que alude igualmente al pasado histórico y al porvenir probable. Cuando Ricardo Rojas, por ejemplo, afirma que el idioma gauchesco es una sobrevivencia del castellano vulgar de los conquistadores, enuncia una primera realidad idiomática incontrovertible (2). “Podemos científicamente afirmar —escribe con sobradas razones— que el idioma popular de América, el vocabulario de sus literaturas más genuinas, como la gauchesca entre nosotros, no es

(1) “El escritor americano es un preso. Primero, el idioma. Los grillos sabios de Europa, después. La lengua es en lo literario mucho más de lo que imaginan los gordianos. Si fuese sólo medio expresivo, elemento traductor, no sería cárcel. Sería sierva, no dueña. Pero el idioma es cosa viva, de vida incoercible, inmortal. Como en lugar alguno se advierte en nuestras tierras indohispánicas. La lengua es en nosotros la más fuerte españolidad, el más grueso aislador de lo vernáculo porque nacemos a la lengua como a la vida, sin oportunidad de elección; cuando pensamos, cuando existimos, el lenguaje de Castilla es ya nuestro único lenguaje. *Somos* a través de un idioma que es nuestro siendo extranjero”. (Juan Marinello: loc. cit., pág. 97).

(2) Leopoldo Lugones sostiene, en *El payador*, que en los gauchos tratábase de un doble proceso de “restauración” y de “conservación” del idioma. Escribe: “Al mismo tiempo que los gauchos restauraban sin saberlo la estructura natural del idioma... conservaron muchas expresiones de aquel castellano viejo, pero no indocto, en el cual el Arcipreste y Berceo habían dado a la poesía española obras no sobrepasadas después...”

una degeneración del castellano, y menos tampoco el germen de un nuevo idioma por corrupción prosódica de sus antiguas raíces castizas. Por lo contrario, este idioma tradicional de las Américas es la perduración del léxico medieval, del habla del vulgo hispánico, que apenas concluído el siglo XV, ya comenzó a pasar al Nuevo Mundo". Pero si semejante filiación es indudable, ¿cómo podríamos ocultarnos que muy pronto este mismo lenguaje entró a servir las necesidades del flamante status social y que simultáneamente también empezaba a proclamarse una doctrina de independencia idiomática cuyas formas perduran en las inflexiones del lenguaje rioplatense?

Esta sobrevivencia —aparentemente purificada— del castellano anterior al Siglo de Oro puede mantenerse en nuestros medios sociales mientras no aparece un agente revulsivo. Dicho agente revulsivo es la Revolución de Mayo, cifra y compendio de la revolución democrática. Basta que comiencen a mudar las condiciones del status social para que el idioma mismo empiece a percibir sus flaquezas, para que se destaque la impotencia del "purismo" frente a las urgencias de esa civilización radicalmente contraria al curso imperial de la historia. ¿Y entonces? Entonces descubrimos que el viejo idioma ancestral aparece contrapuesto al español culteranista (1) de las academias, y vemos que por sincrónica coincidencia histórica los teóricos más prominentes de la revolución democrática sienten asimismo la necesidad de trasladar esa revolución al lenguaje. Con diestra andanza en la ciencia filológica perciben que las lenguas, antes que cosa estática, son inmensos ámbitos que necesitan de la constante ventilación de las ideas. Por eso, disputando con un gramático tan eminente como don Andrés Bello, podía escribir nuestro Sarmiento estas frases que entonces sonaban a insolencia desatinada: "Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente, que pasarán las aguas y se llevarán en pos de

(1) A propósito del lenguaje de los gauchescos Lugonés recuerda, como significativa de la pugna para evitar que el castellano se "latinizara", la lucha de Quevedo contra el culteranismo. No estaría de más señalar la admiración que por el autor del *Buscón* sentían los escritores empeñados en la redención idiomática argentina, según puede verse en las *Cartas de un porteño*, de Gutiérrez (carta 8ª).

sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado”.

Esta batalla idiomática no es suceso nuevo en la historia de los idiomas: reproduce, bien que en otras circunstancias concretas, la lucha del romance contra el latín, o lo que es lo mismo, la pugna del lenguaje vivo creado por los usos del pueblo frente al lenguaje anquilosado por las momificaciones de las academias. Es la reacción contra el español imperial de Madrid que Juan María Gutiérrez puntualizará con sólida doctrina cuando, en mérito de sus “opiniones republicanas”, se niegue a aceptar un diploma de la corporación de la lengua. Como muy agudamente lo destaca Amaro Villanueva, en la biología de los idiomas semejante proceso es correlativo de la pasión popular por la libertad, por lo menos de esa libertad del pico —de la expresión— que Heine acariciaba con tan suave nostalgia. No andaba entonces tan descaminado nuestro Sarmiento cuando en la ya recordada polémica chilena computaba como un agravio a la soberanía del pueblo los ataques contra su participación en la constitución del lenguaje (1). En la exageración por ratos desmandada estaba viendo el sanjuanino la premura de afirmar nuestra independencia americana también en estos trotes del idioma.

4.—*Génesis de la lengua popular*

Pero la cosa viene de más lejos y es también más honda, puesto que atañe directamente a las relaciones que puedan existir entre el habla popular y la lengua literaria.

Cuando Ricardo Rojas definió aquel lenguaje popular de nuestras campañas coloniales como una supervivencia del español medieval, aludió a una de las caras del problema, pero esquivó la otra con suficiente presteza. Y es aquí que se nos enfrenta el tema capital de la ruptura con lo hispánico, y Rojas —empeñado en probarnos extremos tales como la “hispanidad esencial” de Sarmiento— necesita funda-

(1) No sabía Sarmiento que estaba coincidiendo con Malherbe, el ordenador de la lengua francesa, quien confesaba que sus maestros de idioma eran los cargadores de la plaza de la Grève. “Sentía horror por el vocabulario poético imaginado por la Pléiade para sustraer la poesía a la prosa, y según él la poesía debía hacerse con las palabras del lenguaje ordinario, a condición de que el uso las hubiera consagrado”. (Kleber Haedens: *Une histoire de la littérature française*, ed. Sequana, París, 1945; pág. 110). Esta teoría de la consagración popular del lenguaje es, en última instancia, la doctrina lingüística de la generación echeverriana.

mentar en aquella pervivencia incontaminada (1) su ilusión euríndica. Una cara del problema es esa, desde luego. Dicho lenguaje de “los gauchescos” reproduce, en efecto, formas arcaizantes y hasta castizas del castellano tradicional. Por ello resulta perfectamente humorístico que Juan Agustín García, al pontificar sobre “nuestra incultura”, no acierte qué podríamos hacer con Martín Fierro, y hasta se avergüence de él, como esas familias que procuran ocultar las malandanzas de las hijas traviesas: nada más conmovedoramente humorístico que ese reivindicador constante del casticismo lingüístico que reniega de un poema tan emparentado con la arqueología misma del idioma...

Esa es, según ya dije, una cara del problema. Pero la cuestión ofrece otro aspecto más importante, sin cuya dilucidación no se entendería el giro actual del “idioma de los argentinos”. Esa otra cara del problema es la modificación del habla popular por el asentimiento de grandes núcleos inmigratorios, especialmente en la zona del río de la Plata y del litoral regado por sus afluentes. Allí está, gravitando poderosa, la presencia del gringo y esta función cultural del gringo, modificatoria hasta de los usos campesinos— recuérdese *La gringa* de Florencio Sánchez, con su virtual conflicto entre el agricultor europeo y el viejo paisano criollo atado al pastoreo; recuérdese el rumor gringo de la “verdulera” sustituyéndose al lento rasgar de las guitarras— (2), tiene que asentarse necesariamente en el habla popular. Los abundantes sainetes que inundaron el teatro argentino en la segunda y tercera décadas de nuestro siglo son la traducción pintoresca de este fenómeno del hijo del gringo asimilado a los usos de la civilización criolla; fenómeno que no es circunstancial, ni accesorio, ni insignificante, porque alcanza inclusive las anchas resonancias políticas que en

(1) Dice Rojas: “Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias eso de creer que la Argentina comienza, cronológicamente, el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significa la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia... ¿Olvidaremos que el cabildo emancipador era de origen español, y que hasta el año 12 las armas de la patria combatían bajo las banderas del rey? ¿Las ciudades revolucionarias no eran españolas, acaso? ¿No era, al fin, castellana la lengua libertadora de la *Gaceta* de Moreno y del *Himno* de López?” (*La literatura argentina*, tomo I, págs. 33-34. Ed. de 1924).

(2) El conflicto suscitado por esta presencia “cultural” del gringo, con su capacidad de modificación de los usos campesinos, sigue conservando validez literaria y sociológica en América, especialmente en el Río de la Plata. En su novela *El caballo y su sombra*, Amorim replantea una vez más este asunto en términos contemporáneos.

esas mismas décadas provocaron tan sustanciales inquietudes en la vida argentina. (Un tema de psicología colectiva podría quedar determinado por la simbiosis del antiguo compadrito porteño y el hijo del gringo: resulta esa hibridación cuyos perfiles exteriores Alberto Vaca-rezza ha explotado con tanto acierto en muchos de sus sainetes).

El lenguaje popular se forma en definitiva con tales inoculaciones y adherencias. Países de integración inmigratoria, los ubicados en la cuenca del Plata no podían evadirse de la vigorosa impronta dejada por los hombres que hablaban otras lenguas. Era inútil que los gramáticos se arremolinaran en punto a la pureza del idioma, o que los pedagogos soñasen con una restauración nacionalista que al final de cuentas no significaba otra cosa que un nuevo rebrotar de la hispanidad. Con lúcida perspicacia descubrió don Juan María Gutiérrez la punta del ovillo en el instante mismo en que el proceso se iniciaba (1876) y justo es reconocerle, ahora que los hechos los confirman, la sagacidad excepcional de sus juicios. Muy claro vio Gutiérrez que el problema era social antes que de gramática, y que mal podía impedirse a los argentinos (y por extensión a todos los americanos) esa acuñación constante de neologismos admitida a las propias regiones peninsulares (1). Era un problema social, porque la inmigración modificaba los usos del país, y porque las legiones inmensas de inmigrantes, que a partir de la presidencia Avellaneda acumuláronse en la Mesopotamia argentina, traían consigo influencias prosódicas, sintácticas y semánticas cuya persistencia otorga un tono menos puro, pero acaso más vivaz, a la lengua popular del Río de la Plata.

Y esa es la otra faz del problema a que aludí precedentemente. Si la llamada lengua de los gauchescos representó una perduración de

(1) Don Andrés Bello, que como académico, y a pesar de su competencia, anduvo en estas materias hartamente tímido y conservador, no pudo menos que asentar que "una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de sus elementos sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen, y de que procede la forma y la índole que distingue al todo". El mismo señor Bello es más explícito todavía a nuestro favor agregando: "Si según la práctica general de los americanos es más *analógica* la conjugación de algún verbo, ¿por qué razón hemos de preferir lo que *caprichosamente* haya prevalecido en Castilla? Si de raíces castellanicas hemos formado vocablos nuevos, según los *procederes ordinarios de derivación*, que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente *para aumentar su caudal*, ¿qué motivo hay para que nos avergoncemos de usarlo? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus *accidentales* divergencias, cuando las patrocina la costumbre". (Juan María Gutiérrez: *Cartas de un porteño*, ed. Americana, Buenos Aires, 1942; pág. 47).

ciertas formas del castellano medieval —paradójicamente dispuestas más tarde para la lucha política contra el castellano imperial—, aquella lengua viene siendo sustituida cada vez más por este otro lenguaje popular que ostenta en sus hechuras la marca épica de los inmigrantes. Estas formas verbales rioplatenses son las que van prevaleciendo en el país argentino a fuerza de ser difundidas por la gravitación de la metrópoli y por los poderosos medios de divulgación con que la metrópoli ejercita su dominio sobre las provincias, no obstante el federalismo y otras retóricas. El viejo tema cultural de las ciudades y las campañas vuelve a suscitarse ahora en estas condiciones singulares. Para decirlo más derechamente: ¿es Buenos Aires, son los núcleos urbanos que giran en la órbita rioplatense, quienes impondrán al país la secuencia de esta habla popular redimida de su posible hispanidad absoluta? Pienso que tal como los sucesos de la cultura se presentan (y esta conclusión mía tiene un signo de provisionalidad bastante definitivo), la preeminencia de este lenguaje popular nacido en Buenos Aires tórnase indudable. Lo cual indica —como la sagacidad de Gutiérrez habíalo previsto— que la modificación del lenguaje es un fenómeno de orden social, porque ninguna lengua podría perdurar sin poderosas apoyaturas en la carne de un pueblo, y esa carne argentina, según lo vamos viendo, está siendo modificada en su sustancia gentilicia por sangres que arrastran todas las vidas del mundo. Por eso también resulta igualmente feliz e igualmente errado el vaticinio de Valle Inclán. “El nuevo idioma de la Argentina —dijo en 1925— será el producto de la fusión de todos los idiomas de las razas que pueblan sus campos y montañas, y esto se efectuará tanto más rápidamente cuanto más rápidamente se practique la sentencia de Alberdí de que “gobernar es poblar”, sentencia digna de Tácito”. Para el poeta genial de los esperpentos el nuevo idioma español, capaz de tornarse más vivo, más flexible y más sonoro que el castellano actual, no podría nacer en Buenos Aires, sino en las pampas y las montañas. “Las ciudades —dice— corrompen los idiomas, y sólo el campo y la luz los conservan, los renuevan y los depuran” (1). Es el

(1) En marzo de 1925, en ocasión de un banquete que le ofrecieron en Vigo sus admiradores de aquella ciudad, pronunció don Ramón del Valle Inclán estas sugerentes palabras:

“Las pampas son un vasto océano de trigo donde nace el pan de la humanidad y donde se elabora el nuevo idioma español que romperá la cárcel hermetica del castellano actual, que ha de hacerse más flexible, más vivo y más sonoro. El verbo de América será, quíeralo Dios, para el castellano lo que lo

tema eterno de las ciudades y las campañas que otra vez se nos precipita en su imponente polémica.

Permítaseme discernir humildemente la raíz de esta equivocación principal, que el trotador ilustre de *Tirano Banderas* comparte con no pocos escritores argentinos desafectos a aquella impureza primordial que vengo reseñando. La equivocación raigal proviene de suponer una Argentina inamoviblemente agrícola-ganadera hasta el fin de los siglos, y en deducir de ello la persistencia de lo gauchesco o bien su renovación con voces de cuna campesina. Valle Inclán nos asigna para “dentro de algunos siglos, un idioma de labradores y pastores”, y si bien no estaremos allí para contemplarlo, podemos suponer, por los signos que se ofrecen a nuestra vista, que aquella égloga lingüística no tiene probabilidades de acontecer en la cuenca rioplatense. Sin temor de invalidez en la cuerda floja de la profecía, podemos anticipar con bastante seguridad un diverso destino para estas zonas americanas, un destino que tienda precisamente a conmover aquella periclitada rapsodia de los ganados y las mieses. A mi modo de ver las dos vertientes modificatorias del status social —la más remota de la inmigración, la más reciente de la industrialización asentada en las urbes populosas— confluyen en esta dirección legítima del habla popular rioplatense y configuran su más inmediata dirección futura. Por lo cual vemos que el idioma sigue siendo antes una cuestión de sociabilidad que un ejercicio de gramática. El “idioma de los argentinos” es ya una expresión de las grandes masas estabilizadas en las ciudades, y si alguna vez se constituye como cuerpo de independencia visible, tengamos la seguridad que habrá de ostentar este apellido ilustre de los nuevos

fueron los romances de las colonias romanas para el latín anquilosado del señor del mundo. ¡Pobres aquellos nuevos pueblos emancipados que no sepan renovar el verbo que les dio la metrópoli, y hacerse uno suyo a la medida de su alma y su necesidad! La Argentina, país agrícola y ganadero, tendrá en el porvenir, dentro de algunos siglos, un idioma de labradores y pastores. El romance argentino no se hará en Buenos Aires sino que lo harán los pobladores de la inmensidad de la pampa y de las ingentes montañas del norte; pues los idiomas no salen de las calles y los bulevares de las ciudades: en las ciudades sólo nacen el argot de la canalla y las germanías; los idiomas, en cambio, nacen a pleno sol, en pleno campo, y son expresión del alma colectiva del pueblo. Las ciudades corrompen los idiomas, y sólo el campo y la luz los conservan, los renuevan y los depuran.

“El nuevo idioma de la Argentina será el producto de la fusión de todos los idiomas y las razas que pueblan sus campos y sus montañas, y esto se efectuará tanto más rápidamente cuanto más rápidamente se practique la sentencia de Alberdi de que “gobernar es poblar” sentencia digna de Tácito”.

usos industriales de las ciudades antes que los nostálgicos retumbos labriegos diseminados sobre la ajena pampa infinita. No tengo dudas (si-gamos jugando al vaticinio) acerca de una influencia campesina de regreso sobre esta habla popular; pero lo que aquí me preocupa es destacar la línea melódica dominante. Dicha línea la adivino impuesta por el “imperialismo” cultural de las grandes ciudades, que dispone de medios coercitivos como la radiotelefonía y el periodismo (1) para desarticular a los pequeños agregados humanos desvanecidos en el “idiotismo de la vida rural”.

5.—*La lengua literaria*

Pero la lengua literaria, que es un producto de la civilización, aunque se escriba con los mismos signos, aunque se remonte a las mismas fuentes y utilice las mismas palabras, se diferencia del habla popular por su búsqueda deliberada de efectos estéticos. Como acota sagazmente Marinello, no se podría confundir el lenguaje independiente respecto del español académico con la supeditación a las maneras vulgares del habla popular, advertencia rotunda que parece sensato colocar fuera de toda discusión. Ahora bien: ¿por qué la lengua literaria argentina —este lenguaje de los letrados— viene a coincidir en sus lineamientos primordiales con el habla popular? Y aquí nos situamos en el núcleo del fenómeno que requiere algunas aclaraciones previas para delimitarlo claramente.

El examen histórico presenta una deliberada actitud beligerante de la literatura argentina frente al español tradicional. En réplica famosa a Alcalá Galiano (1846) escribió Esteban Echeverría estas frases que pueden ponernos sobre la pista del asunto: “La cuestión literaria... está íntimamente ligada con la cuestión política, y nos

(1) En apoyo de esta tesis podría venir lo que asegura el lingüista norteamericano William E. Colford a propósito de *El problema del español en Hispanoamérica* (“Investigaciones Lingüísticas”, México, julio-octubre de 1934; pág. 241). Sostiene que la radiotelefonía y el cine hablado han de contribuir poderosamente a modificar el vocabulario activo y en especial modo la pronunciación del futuro. “Los empleados cuyas voces salen del aparato reproductor —dice— han sido especialmente escogidos a causa de la pureza de su pronunciación, y este hecho... va a influir en el habla de las generaciones que vienen”. Pero en Colford se trataría de usar la radiotelefonía y el cine hablado en un esfuerzo de “castización” y de pureza, y es allí donde se aparta de nuestra tesis. Si la radiotelefonía y el cine hablado han de considerarse como vehículos de “imperialismo” lingüístico, no lo han de ser en tanto que instrumentos artificiales y artificiosos, sino en cuanto traducen, según ha podido verse, una realidad sociológica cuyo juicio excede a la lingüística propiamente dicha.

parece absurdo ser español en literatura y americano en política"... "El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque es realmente precioso, es el del idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de emancipación". La ruptura con lo hispánico —considerado como forma atrasada del pensamiento general— aparece firmemente enunciada como necesidad política de la cultura americana, y Echeverría primero, Sarmiento y Alberdi después, coinciden por ello en la consideración del lenguaje como materia de pensamiento y no de gramática. Con sus grandes manotazos de peleador exuberante había dicho Sarmiento: "Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca, como la alemana o la francesa, 4.000 obras originales al año, entonces desafiará a las otras extrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos". El gesto del gran viejo puede parecer desaforado como todos los suyos; pero como todos los suyos, también, estaba señalando una de las urgencias de la vida nacional. Este es el instante dramático en que lo español empieza a mostrársenos como inservible. ¿Qué podía darnos España, dormida como estaba en sus viejas glorias escolásticas, situada como estaba al margen del ancho movimiento renovador de las ideas del siglo XVIII, preterida como estaba en todos los campos de la actividad creadora del hombre? Así se explica que la literatura argentina nazca como una afirmación insurgente de lo que ha dado en llamarse "lo gauchesco": con ese encrespamiento que brota de los cielitos retobados de Bartolomé Hidalgo, se encocora en las trovas de Hilario Ascasubi y remonta hasta las madres del idioma para desplomar sobre el *Martín Fierro* su tremenda perfección de poesía.

Pero la lengua literaria iba conformándose también en la frecuentación de los textos extranjeros, particularmente de los textos franceses, "esa grande *piscina de regeneración* humanitaria", como las llamaba Echeverría. Más tarde iba a decirnos Gutiérrez: "Es penoso el oficio de disipar diariamente esa especie de nube que oscurece la página que se lee escrita con frase extranjera, y a este oficio estamos condenados los americanos, so pena de fiarnos a las traducciones, no siempre fieles, que nos suministra la imprenta europea". ¿Cuál podría ser el disector —para emplear la frase de Sarmiento— que supiera separar el hueso sin arrastrar algún resto de tejido fibroso? Cuando la generación del 80 adviene a la vida argentina, ya esa disección de lo español conquista una suprema habilidad: la del injerto francés

sutilmente incorporado a las maneras sintácticas de la lengua literaria. El período se hace menos ampuloso, los adjetivos disponen de sobriedad suficiente, los adverbios aparecen circunspectos para especificar la función del verbo; una fluidez más ágil, una brevedad más nerviosa, una soltura menos efusiva, empieza a constituirse en atributos de la prosa argentina. Esto es visible en Mansilla, en Cané, en Cambaceres, en Wilde; pero resalta sobre todo en Sarmiento, el renovador más profundo del idioma. Es el carácter distintivo que se prolonga en la moderna literatura argentina.

Perdónese el necesario trauma del esquema. Bien sé que la complejidad del fenómeno literario no lo soporta bienamente, y bien sé igualmente hasta qué punto confluyen, se yuxtaponen, se repelen y se concilian estos diversos factores coadyuvantes de la renovación lingüística, que aquí podemos presentar en tan ideal autarquía gracias al artificio del discurso. Pero muy engañados quedaríamos de suponer que basta un idioma —o por lo menos la flexión de un inédito giro idiomático— para que una literatura pueda delimitarse como comarca original entre todas las literaturas del mundo. Un idioma liberado es sin duda el punto de partida de la independencia literaria; mas la independencia verdadera proviene antes de la sustancia intraducible que del aparato formal que pueda revestirla. Y aquí es, precisamente, donde el drama actual de la literatura argentina —ese episodio de la disminución conceptual que nombré al comienzo— se nos señala en su más peligrosa presencia. ¿Puede prosperar la literatura argentina, aun con las posibles excelencias de este lenguaje rioplatense, si se obstina en permanecer como reflejo de otras literaturas en un simple ejercicio traslaticio de ajenos modos? La zona de peligro se nos ofrece con inequívocas señales. En el instante de nacer dicha literatura pudo señalar el más ilustre teórico de nuestra ilustre generación del 37 que estábamos los hombres de estos cielos australes empeñados en “la fundación de creencias (1) sobre el principio democrático de la revolución americana; trabajo lento, difícil, necesario —decía Echeverría— para que pueda constituirse cada una de las nacionalidades americanas, trabajo indispensable para que surja una literatura nacio-

(1) En una nota de la respuesta a Alcalá Galiano, que cierra, como se sabe, la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, aclara Echeverría el sentido de sus palabras: “Entendemos por creencias, no como muchos la religión únicamente, sino cierto número de verdades religiosas, morales, filosóficas, políticas, enlazadas entre sí como eslabones primitivos de un sistema y que tengan para la conciencia individual o social la evidencia inconcusa del axioma y del dogma”.

nal americana, que no sea el reflejo de la española, ni de la francesa, como la española”.

La “carga nacional” de una literatura debiera quedar indicada entonces por aquella necesaria acentuación de las “creencias” colectivas que determinan la fisonomía histórica y moral de un pueblo. Pienso que el abandono de las creencias iniciales determina el ensombrecimiento conceptual de la literatura argentina con relación a la pericia que le reconocimos.

HECTOR P. AGOSTI

Buenos Aires, octubre de 1948.